

**Virginia Woolf, *Mrs. Dalloway*, inici de la novel·la. Alianza Editorial, 2018.** [Traducció de José Luis López Muñoz]

La señora Dalloway dijo que las flores las compraría ella.

Porque Lucy tenía ya trabajo suficiente. Había que desmontar las puertas, venían los operarios de Rumpelmeyer y, además, pensó Clarissa Dalloway, la mañana tenía la misma transparencia que si estuviera destinada a unos niños en la playa.

¡Qué emoción! ¡Qué zambullida! Porque no otra era la sensación que tenía siempre en Bourton, cuando, con un leve chirrido de los goznes —que todavía era capaz de oír—, abría de par en par las puertas con cristaleras que daban al jardín y se sumergía en el aire del campo. El aire, muy temprano por la mañana, era transparente y tranquilo, más en calma que éste, desde luego; como el restallido de una ola, como el beso de una ola; frío y cortante y sin embargo (para una muchachita de dieciocho años como era ella entonces) solemne; haciéndole sentir, allí, nada más salir al exterior, que estaba a punto de suceder algo terrible; al contemplar las flores, los árboles, con el humo retorciéndose a su alrededor mientras ascendía, y los grajos, que remontaban el vuelo y volvían a bajar; mirándolo todo sin moverse, hasta que Peter Walsh dijo: «¿Meditando entre las hortalizas?». ¿Había sido eso o, más bien, «prefiero las personas a las coliflores»? Tuvo que decirlo una mañana a la hora del desayuno, cuando ella salió a la terraza. Peter Walsh iba a regresar de la India cualquier día, junio o julio, ya no se acordaba del mes, porque sus cartas eran terriblemente aburridas; se recordaban las cosas que decía; sus ojos, su navaja, su sonrisa, su malhumor y, cuando millones de cosas habían desaparecido por completo —¡qué extraño resultaba!—, algunas de sus frases, como aquélla sobre las coles.

La señora Dalloway se inmovilizó en el bordillo, esperando a que pasara la camioneta de reparto de Durtnall. Scrope Purvis la consideraba una mujer encantadora (conociéndola como se conoce en Westminster a las personas que viven en la casa de al lado); había en ella un algo de pájaro, de arrendajo verde azulado; Clarissa Dalloway era delicada, y también vivaracha, aunque tuviera más de cincuenta años y hubiera encanecido mucho desde su enfermedad. Allí estaba, como posada sobre el bordillo, sin verlo, esperando para cruzar, muy erguida.

Y es que si se había vivido en Westminster —¿cuántos años ya?, más de veinte—, Clarissa estaba convencida de que incluso en medio del tráfico, o al despertarse por la noche, se sentía un silencio especial, un no se sabía qué de solemne, una pausa que no era

posible describir, una ansiedad (aunque eso podía ser su corazón, tocado, decían, por la gripe) que atenazaba antes de que el Big Ben diera las horas. ¡Ya había llegado el momento! Ya resonaba. Primero, un aviso musical; luego, la hora, irrevocable. Los círculos de plomo disolviéndose en el aire. ¿Por qué somos tan necios?, se preguntó, mientras cruzaba Victoria Street. Sólo Dios sabe por qué la amamos tanto, por qué la vemos como la vemos, inventándola, construyéndola a nuestro alrededor, derribándola, creándola de nuevo a cada momento; porque hasta las mujeres menos atractivas que pudiera imaginarse, los desechos más miserables que se sentaban en los umbrales de las puertas (derrotados por la bebida) hacían lo mismo; estaba totalmente convencida de que ninguna ley lograría dominarlos, y por esa misma razón: la de que también ellos amaban la vida. En los ojos de la gente, en cada vaivén, paso y zancada, en el fragor y el tumulto, en los coches de caballos, automóviles, ómnibus, camionetas, hombres-anuncio que giraban y arrastraban los pies, en las bandas de música, en los organillos, en el júbilo y el tintineo y el extraño canto agudo de algún aeroplano que cruzaba el cielo, estaba lo que ella amaba: la vida, Londres, aquel instante del mes de junio.